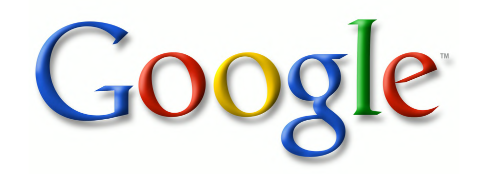
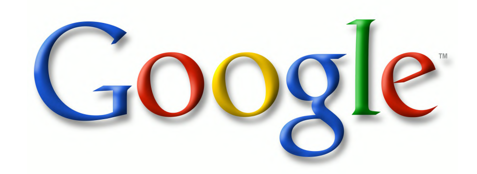








MANIFIESTO

DEL GENERAL DE DIVISION, BENEMERITO DE LA PATRIA

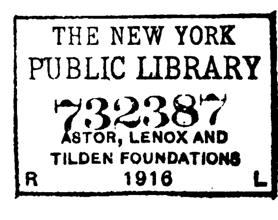
ANTONIO LOPEZ DE SANTA-ANNA,

A SUS CONCIUDADANOS.

MEXICO

Imprenta de Navarro, calle de Chiquis núm. 6.

1848.





¡MEXICANOS!

Prócsimo á dejar una pátria querida para buscar en suelo estraño la quietud de la vida privada, debo por última vez dirigiros la palabra, para manifestaros las verdaderas causas que me arrastran á condenarme á un ostracismo voluntario. Muy lejos de mí está la idea en este momento solemne, de renovar las heridas que abrieron en el seno de la pátria las luchas de los partidos, los que con sus continuos vaivenes nos han conducido á la situacion actual: un objeto noble me obliga á escribir estas líneas, y no la vanidad ni la lisonja impulsan mis afectos. Deudor á la república de mil actos espontáneos de honor, con los cuales me ha inscripto para siempre en sus anales, estoy en el deber de satisfacerla, al tiempo de partir en los momentos mas azarosos, que nacion alguna se ha visto, y cuando manos estrangeras arrancan las insignias de nuestra soberania, del territorio inmenso que la cobardia, el egoismo y la perfidia han puesto bajo su dominio. En un lenguaje sencillo, y sin

adornos oratorios os referiré los hechos muy someramente.

Testigos habeis sido del comportamiento que he tenido desde que la proclamacion solemne de Agosto de 1846 me volvió á la pátria, sacándome del lugar á donde me habian relegado la enemistad y el encono de las facciones. La capital de la nacion, y los pueblos del tránsito de Veracruz á S. Luis Potosí, son testigos que en aquella época se me tributaron honores y homenajes por los hombres de todas las clases, los que han obligado mas y mas mi gratitud para con el generoso pueblo que volvia á depositar en mí toda su confianza. El cielo es testigo de que cuando esto pasaba en derredor mio, dirigia mis votos al Eterno por la felicidad y gloria del nombre mexicano.

La fatalidad y la fortuna, habian proporcionado á las armas de los Estados-Unidos el pasar victoriosos sus pendones por las aguas del Rio Bravo, y las desgracias de Palo Alto y la Resaca, abrieron las puertas de la república á los enemigos por el Norte, los que sin dificultad, y sin resistencia ocuparon considerable parte de los Estados de Nuevo Leon, Coahuila y Tamaulipas. Estos descalabros acontecian cuando yo estaba postrado en cama en la ciudad de la Habana á consecuencia de que frecuentemente se renueva la herida que sufrí peleando en Veracruz contra los franceses. Yo pude entonces escuchar los consejos del interes personal, y aprovecharme de las lecciones de lo pasado para permanecer tranquilo en mi retiro, viendo desde lejano suelo la recia tormenta que comenzaba á descargar en mi pátria. Pude traducir en aquel tiempo, y en su verdadero significado, las humillaciones de los bandos políticos que en torno mio, ofrecian el incienso de sus adulaciones, para mendigar una de mis miradas. Pude, por último, á mi regreso, si yo fuera lo que dicen mis

enemigos, reasumir el poder que se ponia en mis manos, castigar severamente la defeccion y la calumnia, y dirigir la cosa pública segun las inspiraciones de mi conciencia, y conforme á las ecsigencias del momento. Pero para hacer esto, era menester una alma como la de mis perseguidores, y apresurarme á transar la cuestion tejana con vilipendio de los derechos nacionales. Yo preferí, y prefiero aun cien derrotas antes que consentir en la ignominia de la república. He aquí por qué marché inmediatamente á S. Luis Potosí para organizar un ejército y dedicarme esclusivamente á la campaña, dejando tras de mí, y á sabiendas, á los enemigos de mi nombre, para que sin sustos y sin zozobra maquinasen en mi contra: los americanos me llamaban primero la atencion, que las miserias de los partidos políticos.

En medio del desconcierto general, que habian introducido en todos los ramos de la administracion pública tres revoluciones, acometì la empresa de oponerme al invasor sin los elementos de resistencia que tan indispensables eran para el buen écsito de la guerra; pues los que yo habia criado en tres años fueron en su mayor parte destruidos en 1847. Vosotros conocereis, compatriotas, que si yo hubiera relegado la defensa de la nacion para cuando todas las probabilidades humanas hubieran estado al lado de nuestra justicia, entonces los ejércitos americanos habrian apoderádose del pais sin resistencia de ningun género. El honor ecsigia de mí lanzarme á la pelea con los elementos que las circunstancias me daban: el patriotismo y mi lealtad me ponian en el conflicto de sostener la guerra estrangera en que se hallaba empeñada la nacion, y luchar con los esfuerzos de la discordia civil, con las maquinaciones de la desconfianza y la calumnia.

Apenas acababa de reunir los reemplazos para el

ejército, cuando la prensa periódica de la capital, dirigida por los miembros mas influentes de la cámara constituyente comenzó á asestarme sus tiros asegurando, *que el ejército acantonado en San Luis Potosì, debia obrar sobre los invasores para no amenazar las libertades públicas como lo estaba haciendo bajo mi sombra, y emplear los recursos que se le ministraban por el gobierno en la defensa nacional, y ño en el fomento de los vicios.* La repeticion de estas y otras especies ofensivas traspasaron mi corazon, porque desde entónces conocí cuál era el objeto principal de semejantes declamaciones, y me ví precisado á patentizar, por un manifiesto, la injusticia de tales asertos, y mi situacion. Las tropas á mis órdenes sufrian horribles necesidades, y la ciudad de San Luis es testigo, que para poder marchar á la campaña se socorrieron con dinero tomado bajo mi responsabilidad, y con el que de mi propiedad introduje en la tesoreria del ejército....Carecia de todos los elementos de movilidad, y parecia imposible comenzar las hostilidades cuando todo faltaba en medio del invierno. Sin embargo, la campaña se abrió, porque así lo ecsigian poderosas razones. Las tendencias revolucionarias comenzaban á penetrar en el cuartel general: la desmoralizacion cundia, y en pocas horas, mas de quinientos hombres de los diferentes cuerpos del ejército, abandonaron sus banderas; la miseria aumentaba los males, y preferible era, acabar á manos del enemigo, que dispersarse las tropas, por la defeccion y el crímen. Mi destino me ha conducido siempre á caminar entre escollos.

Sea dicho para gloria y honor del ejército nacional, que á su constancia y sufrimiento, fué debido el que yo pudiera combatir al invasor en sus propios atrincheramientos de Buena-Vista; y que no obstante las penalidades del desierto y la epidemia que despues

lo atormentaba, atravesó la república para oponerse con pecho sereno al enemigo en Cerro-Gordo.

Las primeras escenas de la guerra, durante los meses de Febrero y Abril, se hallan consignadas en documentos oficiales, y por ellos la nacion está impuesta de que no he omitido sacrificio ni trabajo, para coronarla con los laureles de la victoria.

Del campo de batalla me arrancó una revolucion cuyo programa era volcar la autoridad establecida, y por el llamamiento de la mayoria del congreso, me encargué del ejecutivo para hacer cesar aquel escándalo en la capital de la república, cuando corria la sangre mexicana en Veracruz, y el ejército enemigo intentaba apoderarse de sus muros. Las circunstancias me obligaron á adoptar una política conciliadora, y no obstante que, los mismos que en aquel momento se prosternaban á mi presencia, habian sido los autores del motin del 27 de Febrero, olvidé sus maldades, y solamente aspiré á que empleáramos todas nuestras fuerzas en castigar al invasor estrangero.

Acababa de tomar posesion del poder ejecutivo, cuando sobrevino la pérdida de nuestras primeras fortalezas, Veracruz y Ulua, que abrieron por el Oriente las puertas de la república á los invasores: en el instante volé al camino para oponerme á su paso, aunque en aquel nada habia prevenido. En ocho dias, sin operarios ni herramientas suficientes, medio fortifiqué la posicion de Cerro-Gordo, y con un puñado de soldados estropeados y enfermos, y de campesinos mal armados arrancados de sus labores, hice frente á 1400 veteranos entusiasmados por la victoria. En esta vez como en otras, me resolví al combate, porque nuestro deber era pelear y no vencer.

Ocurrida la batalla de Cerro-Gordo, mis enemigos, y los de la pátria, como tienen de costumbre, me presen-

taron ante el mundo con odiosos colores, y en México, de luego á luego se urdió una revolucion para despojarme de la presidencia y del mando. En esta ocasion fué menester toda la honradez del presidente sustituto, el Exmo. Sr. D. Pedro Maria Anaya, para que no se hubiera consumado este atentado.

En Orizava procuré reorganizar alguna fuerza: ayudado del patriota y malogrado general Don Antonio de Leon, y á presencia misma del enemigo, verifiqué mi marcha para Puebla, en donde no era posible resistirle, porque no habia ni el mas insignificante medio de defensa. El comandante general del estado, obrando por voluntad propia, ó por órdenes supremas, habia sacado y trasportado á grandes distancias todo el material que allí ecsistia; pues no se pensaba en oponerse á los avances de los invasores. Marché á la ciudad de México, resuelto á que no fuera ocupada impunemente.

Durante mi ausencia, el gobierno sorprendido, por decirlo asì, con los progresos de las armas enemigas, con las desgracias ocurridas, con el egoismo de las clases opulentas, con la inaccion de la mayor parte de los estados de la confederacion, que atrincherados en su soberania, nada hacian para la defensa comun, desesperó de la de la capital, y acordó su abandono. A vista de este desaliento, sin embargo de que en derredor mio pululaban las conspiraciones, reasumí el poder y llevé adelante mi propósito. En poco mas de dos meses levanté fortificaciones, acopié un gran material de guerra, y organicé un tercer ejército, con que combatí hasta donde me fué posible, y ecsigia el decoro nacional, no obstante, que en peligrosos momentos, la desobediencia y la indisciplina, echaron por tierra mi plan de campaña y mis combinaciones. Mis partes oficiales y otros documentos de la época, están manifestando estas verdades, y el pormenor de mis actos públicos. Yo siem-

pre he confiado en el buen sentido nacional, y he esperado tranquilo un fallo imparcial, no obstante las maniobras de mis enemigos; por esto he visto venir sin temor las oleadas revolucionarias, y nunca me ha arredrado la grita de las facciones.

El curso de los sucesos me habia enseñado que tras de cualquier acontecimiento desfavorable, venian las tentativas para despojarme del mando. Conocia que los que aquí pasan por *hombres de bien*, los cobardes y los coludidos con el invasor, no podian tolerar por mas tiempo los males de la guerra, y que mas pronto ó mas tarde, sus intrigas y sus mañas lograrian sacrificarme sin utilidad pública y solo para satisfacer las pasiones políticas.

Por mil acontecimientos habia venido á ser mi persona la tentacion de todos los partidos; y como jamas me he dejado dominar de ninguno de ellos, de comun acuerdo se conjuraban á mi esterminio. En esta lucha, vosotros conocereis, mexicanos, que por desquiciarme, y por hacerme bajar de la primera magistratura, el honor y los derechos nacionales iban á ser sacrificados á los pies de los invasores. Dejé, pues, el poder, en obsequio de la pátria, por voluntad propia, y satisfice mi ambicion de servir á la república, buscando al enemigo estrangero en el Estado de Puebla. Ese desprendimiento fué correspondido, hiriéndome la mano que recibió de las mias la espada de que me desnudé espontáneamente.

La órden arbitraria de destitucion del mando militar que contra mí se fulminó, fué la mas solemne garantía para el enemigo, porque ya quedó desde aquel momento pacífico poseedor de los lugares que antes habia regado con su sangre, merced á mis esfuerzos.

Parecia que en la naturaleza de las cosas estaba, que despues de separado de todo mando se hubiera respetado mi retiro. Maquinaciones de todo género se han

puesto en ejercicio para acabar con mis dias; y si la Providencia no hubiera velado por ellos, mexicanos indignos al abrigo de los invasòres, me habrian sacrificado. El tiempo pondrá en claro tan infames hechos.

La prensa ministerial me ha imputado, *que solo yo he deseado la guerra, y por miras personales la he sostenido.* Estos conceptos envuelven la maligna especie de suponerme la criminal é innoble pasion de posponer los intereses nacionales á los privados: en pocas palabras manifestaré mis convicciones sobre la necesidad y utilidad de la guerra.

Una vez que la nacion habia comenzado la lucha, cuatro meses antes que yo volviera á su seno, por las agresiones de los Estados-Unidos y en uso de su natural defensa, era absolutamente indispensable que la república toda cooperára para vencer á los invasores. Los intereses y los derechos que se defendian, no eran solo de las presentes generaciones, sino que iba de por medio el futuro bienestar de la república y su nacionalidad. Dejarse arrebatar la mayor parte del territorio, envolvia, no solo el deshonor, sino la ruina de su ecsistencia política. Los que conocen el futuro de las cosas, saben que estos temores que han atormentado mi espíritu, tendrán su realidad, supuesto que una vez ensanchados los límites de la república vecina hasta el corazon de la nuestra, nosotros perdemos para siempre el equilibrio, y por una falta de cálculo político se ha terminado la guerra, y con ella las esperanzas de nuestros hijos. Sin necesidad de investigaciones profundas, y sin tener que apelar á los secretos de la política estrangera, el hombre pensador medita lleno de espanto, que este pueblo infortunado, queda proscripto del catálogo de las naciones, y que la generacion que vió nacer la independencia, que luchó por conseguirla, esa misma asistirá á sus furenales. He, pues, deseado y sostenido la guerra, por-

que era el *único modo de sér:* se ha concedido aun mas de lo que quiso el enemigo, y nuestros hijos pueden decir desde ahora, que ya no tendrán ni porvenir, ni pátria. ¡Permita el cielo que yo me equivoque en estas predicciones!

Los amantes de la humanidad y de la justicia, han levantado su voz en el mismo capitolio americano, para advertirnos de los inmensos peligros que corremos. La fatalidad y el encono de los partidos, el egoismo y la traicion, ha impedido que se escuchen estos ecos de la verdad; y un tratado estemporáneo nos ha privado de las ventajas que pudimos sacar, con mas sufrimiento por tolerar los males de la guerra, y con mas resolucion para afrontar cualquiera emergencia.

Para los que saben la historia de mi vida pública: para los que conocen lo que yo he disfrutado en medio de esta nacion generosa, poder sin límites, gloria y honores; para los que han visto que el mármol y el bronce se han tributado á mi memoria; para los que conocen la fortuna independiente que años hace poseo: estos, digo, se persuadirán de la enorme injusticia que encierra la suposicion de que no por las causas que he referido, sino *por miras personales* he peleado, esponiendo mi vida en obsequio de la pátria. ¡Los hombres de partido son crueles en todos los tiempos y en todos los paises; pero los nuestros en esta vez, han traspasado todos los límites, y en mí han violado las leyes divinas y humanas.

El estado á que han llegado las cosas hace enteramente inútil mi persona para la pátria. Una paz de ecsecranda memoria ha sido acordada y dos terceras partes del territorio nacional han sido vendidas al invasor *por una escudilla de lentejas.* Un armisticio vergonzoso y absurdo se ha sancionado, para acabar de consumar la iniquidad: ¿qué recurso queda, pues, con-

ciudadanos, al que solo regresó á su pais para satisfacer el voto público, y para pelear en sosten de la mas noble causa con los enemigos esteriores? ¿qué hará el que es acosado en todas direcciones?.... Retirarse á un pais lejano para deplorar el inmenso infortunio de la república, supuesto que las pasiones políticas y miserables intereses lograron sobreponerse á la santa causa de la pátria.

En el destierro à que me condeno, mitigará los pesares que agobian mi espíritu, la satisfactoria idea de que preferí mi ruina personal, la de mis intereses y la del poder, antes que arrodillarme á los enemigos de México para impetrar la paz que echára por tierra sus elementos de riqueza, y su nacionalidad. Mis vestidos atravesados por las balas enemigas, los millares de mexicanos que sucumbieron á mi presencia y mis órdenes, la sangre de los invasores y sus cadáveres amontonados, que quedaron en los campos de batalla, serán otros tantos títulos de gloria para mi pátria y para mis hijos.

¡Mexicanos! Uno de los caudillos de la independencia: el mas apasionado de vuestro buen nombre: el que ha tenido la gloria de ofrecer á la República trofeos arrancados á sus enemigos estrangeros: el que ha luchado con ellos venciendo dificultades mil: el que ha vertido su sangre en sosten de vuestros derechos; en fin, el mas leal amigo vuestro, ese os dirige el postrer adios....

Tehuacan, Marzo 24 de 1848.

Antonio Lopez de Santa-Anna.



